

LIBRO SEGUNDO

MITOLOGÍA

I

De tan encendida,
la llamaban «Grana».

Grana y el mendigo
ya no se dejaban;
cerca de la ermita
se buscaron casa;
casa para siglos,
obra de unas jaras...

—Que ésta no es leyenda
de épocas pasadas,
ni de las de ogaño,
ni de las que amagan.
En mi propia sangre,
los genios la cantan
en las espantosas
noches de la Raza.
Que esta es una seca

rama, desgajada
de un zarzal, que en todos
ha puesto una zarza.
De otras más horribles
quiero hacer tonadas,
y entre todas juntas
le daré á mi Raza,
para sus dolores
y para su guarda,
para sus grandezas,
para su venganza,
la mitología
bárbara de España.—

II

«Madre Ceniza» llamaban
á la vieja de la ermita;
porque su cabeza es blanca,
la llaman Madre Ceniza;
porque se cuida del Cristo,
la llaman Madre Ceniza;
porque anda siempre entre cirios,
la llaman Madre Ceniza;
porque sabe enterrar muertos,
la llaman Madre Ceniza;
porque cura mal de amores,
la llaman Madre Ceniza;
porque se quiebra de vieja,

la llaman Madre Ceniza;
 porque mantiene las brasas,
 la llaman Madre Ceniza.

— «Madre Ceniza — las brasas que cubres,
 de noche, te gritan —
 hipocresía con cara de vieja :
 ¡que Dios te maldiga!
 Ve, noramala, dejándonos solas,
 Madre Ceniza;
 ve, noramala, y el aire se encargue
 de darnos la vida.
 Que, con achaque de hacernos rescoldo,
 las llamas nos quitas;
 que en nuestra muerte prosperas, y finges
 guardarnos la vida;
 ¡ve, noramala, dejándonos solas,
 Madre Ceniza!»—

III

Grana se abrió de pasión
 como granada del huerto;
 y ardió para Vendimión
 como un cirio para un muerto.

Puso, en las bocas tremendas
 donde la gangrena hervía,

bálsamos que ella se hacía
 y envolvió á besos las vendas.

Y en la rígida delicia
 de una inversa bacanal,
 hizo, como una novicia,
 sus vigiliás de hospital.

Virgen agria, virgen fuerte
 y sobria, se encarnizaba
 disputándole á la muerte
 la presa que codiciaba.

Había en ella una vena
 antigua, que respondía
 á aquel afán que traía
 con una vibración plena.

Y había unos gestos fieros
 en toda su alta persona
 solícita, de amazona
 que está curando guerreros.

Mas, contra tales prestigios,
 había en ella otra vena
 de cándida nazarena,
 que está esperando prodigios.

Y así, conocía Grana
 la devota operación

de curar heridas con
rocío de la mañana.

De rezar, en los horrores,
cuidando que Dios dará
para las hambres, maná;
para las heridas, flores.

Y así hace, entre venda y venda
y entre medicinas y untos,
que Madre Ceniza encienda
lámparas á los difuntos.

Y adora la podridura
de Vendimi6n y el dolor;
y le ve, con su cruz, por
su calle de la Amargura.

Y esperando ardientemente
la divina intervenci6n,
va deshojando paciente
las rosas de su Pasión.

Porque, en su fe, está segura
que Él velará por los dos,
y que puede salir Dios
de cualquiera sepultura.

— La vieja, en dos ocasiones,
trae agua de unas raíces
y dice unas oraciones
para curar cicatrices...

«Agua de Dios, cura
la quemaz6n del Malo;
pasa, seña del Rojo,
signo del Diablo.
Cicatriz, nacida de la negra flecha,
con la cruz ahora morirás deshecha.
Por la seña de la cruz;
donde hay sombra, ahora habrá luz;
la vida florecerá
donde la muerte vivía :
Santo Dios, Santo Justo, Santo Fuerte,
aplata la culebra de la muerte.»

Y Grana toda temblaba,
encendida y expirante,
en la virtud fulminante
que del hechizo brotaba.

Y Madre Ceniza, en tanto,
visi6n austera del yermo,
la una mano sobre el manto,
y la otra sobre el enfermo,

reza, prensa, unta, destila,
abre, lava, palpa, estruja,

con sus ojos de sibila
y con sus greñas de bruja.

IV

Una mañana, estando á coger leña,
camino de la ermita,
— ¿Cómo está Vendimiión, vecina Grana? —
dice Madre Ceniza.

Y Grana, inaugurando en la suprema
novedad de los tiempos,
la frase patronímica, responde :
— ¡Vendimiión... va viviendo!

¡Ah, no ha querido Dios, Dios no ha querido
que florezca el milagro!
En el misterio ardiente de sus aras,
Dios lo retiene, avaro.

Y Vendimiión, pendiente de Él, se aviene,
por fuerza, á la demora;
y, mientras llega el gran milagro, el rostro
hacia la tierra torna.

Y, llevando en sus hombros de mendigo
como un emplazamiento,

la esperanza en su Dios, aunque no vive
Vendimiión, va viviendo.

Grana no ve sus recios costurones,
ni las toscas muletas
que suenan á su paso; ni su frente
mustia, bajo la venda,

Ve, en la desolación de su figura,
los primeros amagos
del prodigio; y el ara donde, un día,
florecerá el milagro.

Y aprende de la vieja los untuosos
y vagos movimientos
con que, en un culto funerario, cuida
de los Cristos sangrientos.

Y se desmaya en la agria catadura
del mendigo, amorosa;
como en el verde hechizo de las víboras,
temblando, las palomas...

V

Tritura su piel morena,
como las muelas el trigo
Vendimiión, cuerpo mendigo
con voracidad de hiena.

Y, horrible, en la magnitud
de la represalia, sacia
la gula, en la aristocracia
florida de su salud.

La junta á sí : le destila
en cada beso un veneno;
gangrenas para su seno,
sombras para su pupila.

No sabe qué voluntad
le domina ó qué poder;
si el amor á la mujer
ó el odio á la humanidad.

No sabe si es esperanza
su lujuria ó si es rencor;
no sabe si ama de amor,
ó si rabia de venganza.

Pero conserva, en su odiosa
liviandad elefantina,
una manera monstruosa
de mansedumbre divina.

Y, exquisitamente, sabe
poner su amor al abrigo,
en aquella humildad suave
de víctima y de mendigo.

Y dice : «No me lo tomes
á mal, si te causo pena :
que hasta ti llega la sangre,
y á mí llegaron las piedras.»

Y dice : «Cuando me muera
he de pedir, en la gloria,
que de todas mis heridas
te hagan coronas de rosas.»

Y dice : «¡Lástima grande
que seas hermosa, Grana!
Horrible quisiera verte;
verías si te adoraba...»

Y dice : «No por las rocas
quiero bendecir la fuente,
más por el agua; y á ti
por el amor que me tienes.»

Y dice : «Porque es más negra
la noche, más encendida
parece en ella la luna,
que el sol en mitad del día...»

Y Grana, la nazarena,
le escucha devotamente;
y hay una arruga en su frente
pensativa, de azucena.

Y en los ojos, que la espían,
de Vendimión, hay las fieras
sombras de las madrigueras
en que los lobos se crían...

VI

Á las tardes, cuando la luz se suaviza,
Vendimión pasea con Madre Ceniza.

Buscan los parajes áridos del monte;
van de cara al lívido gris del horizonte;

destrían la amarga quietud de las puestas
desde los recodos de todas las cuestas,

y tienen el pasmo de dos milenarios:
ella, musitando los largos rosarios;

él, en las costuras de su piel con grietas,
y en el traqueteo de sus dos muletas.

Grana, pensativa, desde los jarales,
le sigue ¡tan grandes y tan espectrales!

en la inmensidad desolada y ciega
de la luz que muere, del horror que llega.

Los tizones últimos del día enrojecen
sus espaldas curvas... Las siluetas crecen...

Y son el horror esquivo y gigante
que rechazan todos y sigue adelante.

Y son, por las sendas y por los ribazos,
la cruz desolada de los grandes brazos.

Y son el supremo gesto de la vida,
en un boquear sangriento de herida.

Y son como el cielo, cruzado de rayos,
que da las zozobras y da los desmayos.

Y, en el mal eterno, son la eterna calma;
y, en un purgatorio viviente, son alma.

Y nada codician, y nada aventuran,
y, en las mutaciones, impasibles duran.

Y las multitudes les harán camino,
religiosamente, como á lo divino.

Y dan cara á toda la tiniebla odiosa;
y en su propio cuerpo pasean su fosa.

Y ellos se han comido; y, al llegar su hora,
no podrá comerles la Devoradora.

Y son la amenaza de Dios y su templo:
la mitad aviso, la mitad ejemplo...

Grana, en la armonía de sus perfecciones,
siente la nostalgia de las corrupciones.

Levanta en el aire las manos doradas,
de una enredadera de venas surcadas,

y piensa, al mirarlas blancas y desnudas:
«La flor está tierna; las semillas crudas...

¡Pobres manos mías! Yo os quiero amarillas;
no para las flores; para las semillas...»

Siente que está fuera — tan lozana y viva —
de aquella grandeza de los dos, esquiva.

Y en una inversión del alma, indecible,
quisiera ser, como Vendimiión, horrible.

¡Oh!, tal vez, entonces, cuando se suaviza
la luz, y él pasea con Madre Ceniza,

no la dejarían sola, en las jarales,
ellos dos — tan grandes y tan espectrales —.

¡Oh!, tal vez, entonces, pondría fulgores
la Divinidad, sobre sus horrores...

VII

Al paso de Vendimiión,
mordida de sus humores,
rinde la vegetación,
carbonizadas, sus flores.

El suelo, mondo y escueto,
se parte en grietas; lombrices
gigantescas, las raíces
hierven en el esqueleto

del paisaje; el agua cuaja
en corrosivos venenos
la emanación de sus cienos;
tiende, como una mortaja,

su luz, cernida en los vahos
de la descomposición,
el sol, en aquel montón
de cosas vueltas al caos.

Y el gran mendigo, el enfermo
gigantesco, en la completa
muerte, empuña su muleta,
como un cetro, sobre el yermo.

Madre Ceniza, á las tardes,
dolientes como una cuíta,
saca unos sonos cobardes
del esquilón de la ermita;

y, en una lívida luz,
sobre los senderos muertos,
culmina, entonces, la Cruz
con los dos brazos abiertos.

Arriba un verde : humareda
de hálitos turbios y espesos;
abajo un gris : polvareda
seca; ceniza de huesos...

VIII

Y Grana, flor de salud,
en la vasta corrupción,
maldice su perfección,
maldice su juventud.

Siente miedo ella, ferviente
de tan divinos anhelos,
en la impiedad del ambiente
y el estertor de los cielos.

Zumba la sangre, con sonos
de pecado, en sus oídos;

dan todas las tentaciones
sobre todos sus sentidos;

piensa en la huída, ¡en la huída,
lejos, á hacer provisión
de vida plena, de vida
que traerle á Vendimión!

Y sueña en una posible
resurrección; en un vuelo,
á través de un denso cielo,
por entre un aire sensible,

á un hondo y graso país
de frutas llenas, de fuentes
blandas, de auroras rientes,
lejos de aquel yermo gris...

Pero surge Vendimión;
surge siempre inesperado,
que, al cabo, Grana le ha dado
posada en su corazón.

« ¡Ay, Grana!... ¿Y esos destellos
de tus pupilas, qué son?
¿Será que, á cobijo de ellos,
me estás haciendo traición?...

¡Ay, Grana!... La dulce fruta
de tus dos labios floridos,

¿por qué tenía escondidos
los jugos de la cicuta?

¿Por qué, sacrilegamente,
yo, el mendigo, yo, el leproso,
codicié el astro glorioso,
Grana mía, de tu frente?

No eres de mi raza. En vano,
de un sacro temblor armada,
estruja mi mano helada
los jazmines de tu mano.

Una sed, una ansia fiera,
un hechizo, unas locuras,
pasan por la primavera
ferviente de tus ternuras.

Amas las flores, las yerbas;
miras con horror los huesos;
Grana, conozco en tus besos
que son más los que reservas.

Ayer, mientras á mi lado
dormías, iba la vida
moviendo, como una herida,
tu dulce labio granado.

Y yo sentí, en los desvelos
largos de mi calentura,

la espantosa mordedura
de unos anónimos celos.

¡Ay, Grana!... Allá lejos, lejos,
donde ríen y donde aman,
hay manos, voces, reflejos,
que te llaman, que te llaman...

¡Vel!... Todo el monte es camino...
Volverás, como volví;
que no cambiaré por ti
sus rigores el destino;

pero, en el tremendo día
de tus arrepentimientos,
te aumentará los tormentos
mi maldición, Grana mía;

¡mi maldición, formidable
de todo el horror que he visto;
amarga, triste, implacable,
como nuestro Santo Cristo!

¡Maldita, amén, tu salud,
que á las piedades te cierra!
¡Maldita tu juventud,
que te hace un alma de tierra!>

... Bebe la blanca paloma
la obsesión que, en ella, ejerce;

sus blancas manos retuerce
y á sus plantas se desploma...

Vendimión, lascivo, apura
aquella agonía horrenda;
sobre su frente asegura
la corona de su venda,

y, en su glacial impiedad
de mendigo, abandonando
sobre el suelo el cuerpo blando,
se interna en la obscuridad.

IX

Pero, Madre Ceniza, de los gestos amables,
haciendo resonar sus pasos impalpables,

acude. Grana apenas respira.

La devota,
con un unto, las manos y los pulsos le frota;
luego, espera.

Armoniza su figura espectral
con aquella tragedia de rincón de hospital;

sus tocas negras caen sobre sus greñas viles,
en el usual plegado de las tocas monjiles,

y sus dedos, gusanos de unos vagos osarios,
en el hondo silencio, devoran los rosarios...

Vendimión da, en la sombra del antro, un resoplido;
la vieja, en el jadeo del macho, ha sonreído;

y por ella, acuciando sus malicias apáticas,
pasa la sombra de unas abuelas problemáticas...

«Celestina, del fácil hablar, de los ungüentos
que dulcifican los amores violentos;

Celestina, que curas en tus buenas amigas
la herida de la víbora que llena las barrigas;

y tú, doña Trotera de las mentiras suaves,
que quitar el amargo de la ponzoña sabes;

y tú, doña Trotera, que haces con dama Endrina
lo que con Melibea luego hará Celestina,

venerables deidades de la raza, arquetipos
mitológicos sin disparidad de equipos,

con mi Madre Ceniza, del contorno espectral
veláis, las dos, el sueño de Grana, al cabezal.»

Siente Madre Ceniza, por aquellos indicios,
que ha llegado el momento de sus buenos oficios.

Sospecha que la blanca paloma huye la mano
corrosiva y potente del sangriento milano;

adivina en los resoplidos del gigante,
las codicias, el hambre del macho jadeante;

y Celestina inversa, Trotera con guadaña,
urde en las sombras su complicada maraña;

«Ella ha de hallar, tercera siniestra y espectral,
para los dos amantes, medicina cabal...»

Rebulle, en su desmayo, Grana; alzando la frente,
ve, á su lado, á la vieja solitaria y paciente:

—¿Dónde está Vendimiión?... ¡Sin él no viviría!...
Y la vieja: — No; todo se andará, corza mía.

Renueva la paloma su sueño.

Ahora, la harpía
se unge de majestad en su mitología;

y en su silueta rígida, sus dos pupilas zarcas
tienen la inalterable fijeza de las Parcas.

Sus dedos, con un vago movimiento instintivo,
renuevan la labor de las Nornas...

Lascivo,

sueña, otra vez, el hipo de Vendimiión.

La vieja

da otra vuelta, en su rueca monstruosa, á su madeja.

Ahora, con satanismo religioso, dibuja
sobre su faz de Norna, su silueta, la Bruja.

Ahora cambia de nuevo, y la Bruja, devota,
con unas ramas de yerba santa se azota...

Ahora, en la candidez de hábitos monacales,
habla gangoso, por soledades claustrales;

la siguen tenazmente sus novicias sumisas
y ella temple sus fuegos en satánicas misas...

Ahora, sentadas en cerrados locutorios,
cosen sábanas blancas para unos desposorios...

Ahora Madre Ceniza se inclina con amor
y todas las novicias le muestran su labor.

Y ahora se tornan, entre las manos marfilinas,
las sábanas, sudarios; las agujas, espinas...

Grana, despierta...
 Aun vibra, en la desolación
 de su amargura, el agrio gesto de Vendimiión...

— Si tú me aconsejaras, yo te lo pagaría.—
 Madre Ceniza dice: — Soy contigo, hija mía.

X

Jamás he dicho tanto dolor;
 jamás entré con tanto horror
 en la materia de mi verso;
 ¡levanta de tu eterna bruma,
 Luzbel, Magnífico Perverso,
 y en mi lugar, toma la pluma!

Di el arduo gesto; el inhumano
 gesto mortal de aquella mano
 armada contra la belleza;
 y di el horror de la infección,
 entrando en la cabal pureza
 con toda su devastación.

Madre Ceniza abre las venas;
 la piel de lirios y azucenas
 se mancha de la sangre ardiente;
 y entre fantásticos hechizos,
 la bruja inyecta en el torrente
 todos los virus enfermizos.

«Serás como él; como él serás;
 horrible, odiosa y mucho más...
 Se desharán, entumecidos,
 tus miembros, hoy tan florecientes,
 y de tus ojos corrompidos
 fluirán ácidos ardientes.

Serás como él; como él serás;
 horrible, odiosa y mucho más.»
 — La bruja opera en su capilla;
 el virus hurta á miembros muertos;
 bajo la lámpara amarilla
 hay dos sepulcros entreabiertos.

Tendida está, sobre las losas,
 en las tinieblas escabrosas,
 Grana, desnuda y desmayada.
 Su cabellera, como un mar,
 bárbaramente ensortijada,
 hierve debajo del altar.

Los senos tiemblan indefensos;
 convulsionados, vivos, tensos,
 en el horror, por fin, tocado;
 y aquel martirio, lento, atroz,
 lo apura el cuerpo abandonado
 como una cópula feroz.

Todos los gérmenes nocivos,
 en su sangrienta carne vivos,

hierven, como una embriaguez;
su vida se hinche de mil vidas;
sobre su blanca lividez
se abren las llagas encendidas.

Quiebra la bruja la unidad
de su magnífica beldad;
y lo monstruoso multiplica
su hormigueante multitud,
donde tronaba, única y rica,
la esplendorosa juventud.

«Serás como él; como él serás;
horrible, odiosa y mucho más...»
— En la obra lenta pasan días;
se apuran noches, mueren soles...
De las heridas y sangrías
el virus obra en los crisoles.

Madre Ceniza no se cansa
y no sosiega y no descansa,
rondando el cuerpo desvaído.
El astro blanco entra en fusión;
su magro espíritu, engreído,
se goza en la devastación.

«Serás como él; como él serás;
horrible, odiosa y mucho más...»
— Lo que los gérmenes respetan
ella lo extirpa; y son, pacientes

en el destrozo que completan,
sus dedos, bocas de serpientes.

Afuera, afuera, lobo hambriento,
Vendimión ronda, dando al viento
sus alaridos de lujuria;
la puerta muda, á veces, cruje,
estremeciéndose, á la furia
demoledora de su empuje.

Y — ¡Grana, Grana, Grana! —, grita:
— ¡Espera! — dice la Maldita —;
tuya ha de ser, ha de ser tuya;
la tengo á hechizos poderosos;
te la hago tal, que jamás huya
de tus abrazos espantosos.

— ¡No!... ¡Grana, Grana! —
¡Pobre Grana,
quién te recuerda, soberana,
en tu jugosa lozanía!
Cuando á tu cuerpo le da vueltas,
manipulando en él, la harpía,
tus trenzas se desprenden sueltas.

No hay miembro en ti que hable de aquella
morena, altiva, ardiente, bella,
de los amores impulsivos...
Y todavía se encarniza

con sus ungüentos corrosivos
sobre su piel, Madre Ceniza.

¡Oh, no! ¡No es ella! En un regazo
no cabe tanto mal. Su brazo
moviendo están las impiedades,
armando están las inclemencias
de las eternas fealdades
y las eternas impotencias.

La bruja oficia en un oficio
y cumple un alto sacrificio
al que se asoman complacidos,
en sus cadenas y en sus clavos,
el escuadrón de los vencidos
y el escuadrón de los esclavos.

«Serás como él; como él serás;
horrible, odiosa y mucho más...»
— Corre una risa por los siglos;
se cumple una venganza escrita,
y hay huracanes de vestiglos,
ebrios de sangre, por la ermita...

XI

Y fué, por fin, en la devastación del yermo
el abrazo completo.

Finalmente ha apurado

Grana enferma, en los brazos de Vendimión enfermo,
el amor de la amada que es según el amado.

Ella desaparece para ser él. No amaga
ninguna deserción los celos espantosos;
y ávidamente beben los horribles esposos
su amor, en una copa roja como una llaga.

Y Vendimión conoce que se adora á sí mismo
en aquella sangrienta mendicidad que es ella;
y, en un arranque de generoso heroísmo,
le perdona la injuria de haber sido tan bella.

Hay paz; hay una paz completa, inalterable,
en la totalidad del horror. Convencido
de su impotencia, el Ángel de la Lucha, inefable,
pliega sus alas muertas y abandona al caído.

Y una pereza, y una pereza categórica,
soberana, total, imperturbable, eterna,
como una negativa divinidad, gobierna,
en su expansión morbosa, la materia pletórica.

El mal germina como natural florescencia
del dolor; el estrago sus tentáculos tiende;
el alma, como un fruto podrido, se desprende
de Dios, y son el vicio, el crimen, la demencia...

Son con una abundante plenitud. Todo germen
sin externa presión, de sí mismo es cultivo;
los infinitos caos que en la materia duermen,
balancean sus fetos de horror inexpressivo.

Torna á bestialidad la Vida : aquella Vida
que, mientras el Espíritu no enderezó sus huellas,
en las carnosidades del instinto metida,
alimentaba monstruos y deshacía estrellas...

Grana siente en su seno la tremenda venganza
de la Carne; el abrazo de Vendimiión germina.
Y la Idiota sonríe; pero, en la lontananza,
se desvela la Madre, dolorosa y divina...

XII

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— Madre Ceniza la devota,
mañana y tarde respondía
á las preguntas de la Idiota,
con esta misma letanía.

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— ¡No, no!... Dejad que lo recuerde:
la Idiota sabe de un rincón

sereno, tibio, ameno, verde,
en una dulce animación...

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— No, no... La Idiota está segura
de un sol que encuentra puertas francas
en una tibia compostura,
sobre unas cunas blancas, blancas...

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— No, no... La Idiota tiene anhelos
de aquel saltar y aquellos guiños
de los carrillos gordezuelos,
en las sonrisas de los niños...

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— No, no... La Idiota al hijo ha visto,
que con sus blancos pechos juega,
llorar, porque salta y le anega
la leche en un chorro imprevisto...

«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»
— ¡Sí, sí!... La Madre desolada,
mientras va hablando la devota,
ve, fruta seca y estrujada,
colgar las ubres de la Idiota.

... ¿Y tú, divino Cristo mío,
no aquietarás mi desvarío?
— El Cristo calla. En la gran luz
sangran las llagas divinales:
sentada al pie de aquella Cruz,
ve, en la otra Madre, los puñales...

— ¿No me querrás ya tanto á mí?...
¡le mataría, Grana, si
me arrebatara tu cariño!...
Ella se suelta del abrazo
y, para darle amparo al niño,
las manos cruza en su regazo.

¡Oh, tiene un salto Vendimión!...
Se abre su horrible corazón
en un bramido de egoísmo;
su mano se arma de una piedra;
la amenazada no se arredra,
toda serena de heroísmo.

Él llega fiero.
— ¡Tú verás
quién de los dos aun puede más! —
Y al vientre encinto va la mano;
Grana recuerda el horror yerto
de aquella herida en que el tirano
tiene su horrible pecho abierto,

y se abalanza denodada,
y en la pelea encarnizada,
de un viento trágico impelida,
Grana derriba á Vendimión
y, entrando el brazo por la herida,
saca en su mano el corazón.

¡Su corazón!... Aún palpitante,
lo arroja al aire y ve, anhelante,
cómo recoge, abre y divide,
antes que caiga, un cuervo fiero
aquella presa, que despide
la emanación de un pudridero.

Tiene una risa triunfadora,
bárbaramente exaltadora
en el silencio de aquel yermo...
Á sus pies, se abre y se desgrana
el cuerpo muerto del enfermo
que ya no tiene forma humana.

¡Horror, horror!

Madre Ceniza
siniestramente se horroriza,
aspando el aire con sus gestos;
y, por la soledad, gravita
en alaridos descompuestos,
el son del bronce de la ermita.

— ¡Espera!... Amenazante: — ¡Espera!...—
La vieja se alza justiciera

contra la Madre redentora;
y Grana, ansiosa, ansiosa, emprende,
por la quietud devastadora,
una carrera que la enciende.

Siente una furia irresistible;
el aire es cálido y sensible;
Madre Ceniza queda lejos,
lejos el monte, el yermo gris...
Hay yerba, hay flores, hay reflejos
en la piedad de este país.

— Pero, sarcástico anatema,
insuperado, indefinido,
aquella voz de la blasfema
aun resonando está en su oído :
«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»

LIBRO TERCERO

SE PROSIGUE LA HISTORIA

I

Una mendiga cruza la impiedad de un camino;
el sol calcina el polvo menudo y blanquecino;
la mendiga descende, con su paso cansino,
hacia el río, que lleva sus aguas á un molino.

¡Aguá... El río allí forma un remanso glorioso.
Están todas las cosas quietas, en el reposo
y en la paz de la hora : el río es luminoso;
sobre el río, el relente, húmedo y especioso.

La mendiga, privada de todos los abrigos,
viene de lejos... (¡Lejos!... ¡patria de los mendigos!)
En sus pies, negros pies de los duros castigos,
unas gotas de sangre y un perfume de trigos.

Esperando, tal vez, que la muerte la elija
hoy, entre tantos tristes como el cielo cobija,
la mendiga, en el agua tiene la vista fija
y se pone á llorar sin que nada la aflija.